

TARDE III

EL AMOR PROPIO

Es amor propio un veneno
Que al hombre le ensoberbecce,
Todo lo nuestro enaltece
Y menosprecia lo ajeno.
Pero abrigale en tu seno
Si le llega á moderar
La razon : has de notar,
Y el juicio recto proclama,
Que el que á sí mismo no se ama
Á nadie mas podrá amar.

El relato del mendigo preocupó notablemente los ánimos de los niños durante la noche : todos soñaron con él, y Leon llevó sus ensueños hasta la realidad, pues compuso un romance que le dejó muy satisfecho de sí mismo. Leyólo á los demas, y Benito se le rió descaradamente. Leon se formaliza, y le reconviene con que no hará otro tanto en toda su vida. Eres un necio, le dice, un majadero, un miserable. — ¿ Miserable yo ? responde Benito, sofocado de cólera ; pues toma ; y le da una fuerte puñada ; Leon le corresponde con un puntapié : Benito se lo vuelve : Leon furioso se arroja sobre su cuello ; pero Armando los separa al instante, y los hace que se abracen, prometiéndoles que nada diria á su padre sobre este particular. Sin embargo todo se sabe : el genio picaruelo que se complace en hacer públicos los desmanes

de los muchachos, cuenta lo ocurrido entre Leon y Benito al virtuoso Palemon, quien nada dice en toda la mañana; pero se promete manifestar muy bien por la tarde su disgusto á los dos campeones.

Llegada la hora en que debia darles una severa leccion, todos se sientan junto á su padre, que los mira y atemoriza, porque está mas serio de lo regular. Leon, dijo con mucha sequedad, muy tarde te has levantado esta mañana: ¿querrás imitar el ejemplo de Bernardo, cuya historia os conté hace algunos dias? — Padre, me he levantado á la misma hora que mis hermanos. — Pues no has bajado hasta las diez. — Es verdad... pero... — ¿Pero qué? Te pones colorado: habla, hijo, habla: me contemplaria como extraño para tí desde el momento que dejases de hablarme con confianza: dime en qué te has ocupado, porque estoy persuadido de que no habrás hecho nada malo. — No, señor, todo lo contrario. — ¡Hola! ¡*todo lo contrario!* ¡mucho significa esta expression! vaya, pues dime, hijo mio, ¿en qué has empleado una parte de la mañana? — He compuesto unos versos, padre mio. — ¡Unos versos! ¡no es nada! ¡versos! mucho me alegro, sí, celebro que te ocupes en esta gracia, que da tanta energía y ocasiona tan felices momentos al hombre que sabe pensar: estoy contentísimo, querido Leon; pero el señor poeta, ¿no le hará á su padre el favor de leerle los versos? — Sí, señor... pero... recelo... temo... que os parezcan muy flojos. — ¿Conque temes eso? ¡no es poco el orgullo que se descubre! pues ¿para qué hacéis versos, señor mio? ¿para que los celebren sin ponerles el memor defecto, ó para que cualquiera os diga francamente su parecer? — ¡Oh! sin duda para esto. — En tal caso debes desechar el temor, porque (y tenlo muy presente) el autor á quien falte ánimo y prudencia para oír la crítica que hagan de sus obras, debe arrojar la pluma, porque nunca hará cosa buena: yo lo digo, señor ingenio.

Pronunció Palemon esta sentencia con mucha fuerza: Leon mudó de color, miró á Armando como para recordarle su promesa; y luego, sacando el manuscrito, lo que hizo sonreír á su padre, se preparó á recitar su romance; pero el tierno retoño del Pindo, como todos sus compañeros, creyó necesario que precediese una explicacion. — Es preciso deciros, padre mio, lo que me ha sugerido la idea de este romance; es un lance que... — Muy bien; muy bien, hijo mio: á un lado explicaciones, que yo conoceré lo que es: sobre todo, fuera temores; recita tu romance, que yo lo oiré con mucho gusto. Leon, aplicando á su compo-

sicion toda la energía de que es capaz un autor, leyó con voz sonora los siguientes versos:

El anciano mendigo.

¿Quién se lamenta afligido?
¿Qué acentos lúgubres llegan
Á mis oídos, que el alma
De agudo dolor penetran?
¿Quién... pero veo un anciano
Que se aproxima á mi puerta
Agobiado por los años,
Consumido por las penas.
En su rostro venerable
Se retrata la inocencia:
¿Qué pesares le devoran?
¿Qué trabajos, qué miserias
Aumentan los que consigo
Lleva la triste indigencia?
¿No basta la ancianidad
Para agravar su pobreza?
— Si á tu corazón, hermano,
Le ennoblece un alma tierna,
Compadécete afectuoso
Del que á tus umbrales llega.
Perseguido aun en la cuna
Por la suerte mas adversa,
Perdí mi padre y mi madre,
Perdí mi hermano en la guerra.
Penoso y duro trabajo
De muy niño me sustenta,
Que mis fuerzas debilita
Y hasta mi razón altera.
Un poderoso pariente
Fallece en lejanas tierras
Y me nombra su heredero;
Mas la fortuna perversa
Dispone que el portador
De aquella cuantiosa herencia
Caiga en poder de malvados,
Que en lo espeso de una selva

Le acometen, le despojan
Y terminan su existencia.
Quedé, pues, sin esperanza;
Ningun consuelo me alienta.
Cansado ya de arrastrar
Tan precaria y tan molesta
Vida, tan solo la muerte
Para alivio de mis penas
Espero ansioso, pues sé
Que la sacra Providencia
Premio depara en el cielo
Al que sufre acá en la tierra.
Socórreme, hermano mio,
Compadece mi indigencia.
— Sí haré tal, que Dios me dió
Pingües, cuantiosas riquezas,
Y manda que enjague el llanto,
Que vista, alivie y sostenga
Al que de bienes exahusto
Mendiga la subsistencia.
Cama tendrás en mi casa,
Te sentarás á mi mesa;
Y tus míseros harapos
Trocarás por limpias telas.
Deja el llanto, pobre anciano,
Y á Dios, que todo lo ordena,
Ruega que admita benigno
De mi caridad la ofrenda.

Leon acabó así su romance, y sus hermanos dan mil palmadas de aplauso, ménos Benito que no quiere ceder. Palemon lo advierte, pero no lo manifiesta: quiere experimentar el amor propio del autor, y descubrir enteramente los celos de su hermano, á fin de proporcionar la ocasion de dar á todos saludables consejos. Hijo mio, dijo á Leon, no quiero decidir de tu obra ántes de saber el dictámen de tus hermanos: tienen gusto, y debo consultarlo. Vaya, hijos míos, decid francamente lo que pensáis del romance de Leon; sed severos; se trata de manifestar á vuestro padre si tenéis juicio recto, y valor para decir la verdad: tú, Adela, ¿qué piensas?

Adela responde, que el romance de Leon la parece muy bien,

pues la ha hecho llorar. — ¿Y tú, Julio? Julio conviene con Adela. — ¿Y tú, Armando? Este responde que encuentra algunos versos flojos, pero que para un muchacho de la edad de su hermano, es demasiado. Palemon pregunta su parecer á Benito, en quien esperaba hallar contrariedad; y en efecto, dijo este: Padre mio, si he de decir francamente mi parecer sobre el romance, sabed que lo tengo por malo, malísimo.

Al oír estas palabras Leon manifestó alguna alteracion: Palemon lo advirtió y continuó preguntando á Benito: — ¿Conque ese es tu parecer? pero es menester probarlo: ¿cuáles son los defectos que encuentras? — Muchos: este hombre que pregunta al viejo; el viejo que le responde; no se puede adivinar quién habla; además, las voces de *pingües*, *cuantiosas* ¿qué tiene mas uno que otro? En una palabra, el tal romance me parece despreciable. — ¿Despreciable, señor Aristarco? creo que partís muy de ligero, y que vuestro dictámen, mas que el de un crítico es el de un envidioso. — ¡De un envidioso! — Eso sí: no es otra cosa, dijo Leon: me alegro que padre lo conozca: esta mañana me ha dicho cien necedades ese miserable ignoranton.

Poco á poco, niño, repuso Palemon: no me gusta ese modo de hablar: ninguno de los dos carece de culpa: me reservo el decir mi opinion hasta que os cuente la historia de un poeta que yo conocí, el cual desde muy niño hacia versos como Leon, y encontró críticos crueles como Benito: veréis lo que le sucedió á un orgulloso que en nada queria ceder, y á un envidioso que malignamente se complacia en criticar lo que no era capaz de hacer.

Aquí Leon se sonrió de ver á su hermano humillado, y Benito se avergonzó de que su padre hubiera descubierto la envidia que se habia apoderado de su corazon. Palemon, despues de haber examinado atentamente la fisonomía de los dos rivales, quiso corregirlos refiriendo la siguiente

Historia del poeta Hilario.

Hilario era hijo de un rico comerciante de Paris, llamado Dormon: dedicado á la carrera de la jurisprudencia, acababa de terminar el estudio de las leyes; pero en el colegio habia contraído la manía de hacer versos sobre el menor asunto, y componia algunos muy regulares. Deslumbrado con los elogios que recibia por todas partes, mostraba sus versos á su padre, el cual, sin prever el daño que causaba á su hijo, le llenaba de caricias, le hacia

mil regalos, y le pronosticaba la mas brillante fortuna. Ademas de esto, el viejo Dormon, infatuado del mérito que suponía en su hijo, creyendo haber engendrado un nuevo Homero, esparcía por todo el pueblo las composiciones del jóven Hilario, y se burlaba de las familias que no tenían en su seno un genio tan superior. El hermano de Dormon, era tan preocupado como él, y tenía un hijo de la edad de Hilario, llamado Joaquin : este infeliz era todos los dias objeto de las sátiras, y aun del desprecio de su padre y de su tio. Mira, le decian ; mira á tu primo : ese sí que ilustrará la familia : llegará á ser un grande hombre ; pero tú nunca serás mas que un majadero.

Joaquin, maltratado así por sus parientes, concibió desde luego el mayor odio á su primo, causa de sus pesares, aunque por sí no se los procuraba. Los celos se apoderaron de Joaquin, y le prepararon los tormentos mas crueles. Este maldito, se decia á sí propio, tiene trastornadas las cabezas de todos. Él solo recibe el incienso de toda la familia. Me arrebatará el corazon de mi padre, de mi tio, y de todo cuanto amo en el mundo. Recibirá todas las satisfacciones, miéntras que yo seré siempre tratado como un ente despreciable. No hay duda : tal vez un dia llegue yo á verme sin estado y sin fortuna (porque mi padre es capaz de abandonarme por él), y obligado á mendigar el sustento, en tanto que el poetilla goce á mi vista de todos mis bienes, y de toda la felicidad posible. ¡ Oh ! no será si yo puedo : tomaré á mi cargo los adelantamientos del señor pedanton : él sabe hacer versos ; pero yo sé intrigar, y veremos quién cae debajo.

Determinado á vengarse Joaquin, se propuso perseguir incesantemente á su primo ; y vais á ver cómo se condujo para lograrlo.

Estaba Hilario en edad de tomar estado, pero arrastrado del fanatismo poético no quería mas que hacer versos. Su padre empezó á advertir que había lisonjeado excesivamente la manía de su hijo : le suplicó, le instó para que se aplicase á su carrera. En el dia tengo medios, le dijo, para procurarte un empleo, y un reves de fortuna, tan frecuentes en nuestro estado, puede quitarte este recurso : aprovéchate ahora : trabaja un año ó dos en el estudio de las leyes ; yo te haré consejero, y entónces podrás seguir tu inclinacion, en cuanto no se oponga á tus obligaciones. Pero Hilario á nada atendió : siguió emborronando papel, sin hacer grandes progresos, y de esta manera malogró los cuatro años mas floridos de su juventud. Una quiebra considerable arruinó á su padre, que murió de pesadumbre al cabo de un mes, detes-

tando á Hilario y agobiándole con el horrible peso de su maldicion. Ademas de esto, los acreedores le arrojaron de la casa paterna ; y no halló otro recurso que la generosidad de su tio, que siempre aduló su manía.

Pero Joaquin, que todo lo habia previsto, mandó escribir una sañuda sátira en verso, en donde se prodigaban á su mismo padre los mas injuriosos epítetos por haber abandonado en la desgracia á su arruinado hermano Dormon. Esta sátira la hizo circular Joaquin como produccion de su primo, y dispuso que llegase á manos de su padre : el viejo se encoleriza : no quiere volver á ver á su sobrino, y encarga á Joaquin que le despida y le dé diez escudos, bajo la condicion de que no se presente jamas en casa de un tio á quien ha ultrajado tan vilmente.

Bien conocéis el placer que experimentaria Joaquin al desempeñar semejante comision. Llega Hilario para arrojarse en los brazos de su tio ; pero Joaquin le intima su resolucio, y le dice : esto me ha encargado que os dé : idos, señor mio, que es cosa muy indigna el haber compuesto una sátira tan sangrienta contra quien tanto os amaba. Hilario protesta su inocencia, y Joaquin le empuja hácia la puerta ; pero Hilario se revuelve contra su primo, que le rechaza duramente : caen los dos luchando, acuden los criados, los separan y ponen á Hilario en la calle.

¡ Considérese su situacion ! Sin parientes, sin amigos, sin recursos, rabioso y despechado, jura que ha de vengarse ; ¿ pero cómo ? Sin embargo, espera hallar algun medio : entre tanto alquila un miserable cuarto, y allí, solo, sin ropas, sin ajuar, y sin esperanza de apaciguar á su tio, se postra en tierra, é invoca para subsistir los favores de su musa.

¡ Oh musa ! exclama : descende en mi auxilio ; ven á inspirar en este corazon que es tuyo todo el ánimo que necesita : tú das gloria ; pero el laurel mas pomposo pronto se marchita si el pan no le acompaña. Une, musa, á tus favores alguna cosa mas sólida ; y no permitas que un espíritu, en que reinas tan absolutamente, habite un cuerpo diáfano y debilitado por la abstinencia y el ayuno.

Yo no sé si lo oyó su musa ; pero lo cierto es, que Hilario pasó un mes en su cuarto sin poderse proporcionar el menor recurso : los diez escudos estaban ya muy léjos : habia vendido una parte de sus vestidos sin el menor disgusto, porque Hilario era filósofo y desdeñaba el fausto en todo ; pluma, tintero y papel eran las únicas alhajas que apreciaba. Trascurrió otro mes sin que la for-

tuna, ni su ingrata musa, le ofrecieran el mas leve recurso para salir de su mal estado, aunque pasaba dias y noches haciendo epitalamios, madrigales y epístolas dedicatorias que enviaba á algunas personas opulentas, sobre las cuales creia elevar su fortuna, lisonjeando su vanidad. ¡ Vana esperanza ! Le convidaban á comer, y á esto se reducía todo. ¡ Cuántas veces olvidó Hilario sus disgustos, para recordarlos en seguida con mayor dolor y sentimiento ! Iba á comer á casa de un hombre rico, que hacia gastos excesivos para obsequiarle, lo cual le hubiera sido mas útil percibir en dinero para alimentarse quince ó mas dias. Esta reflexion le ocurría continuamente, pero al cabo comia bien y leía sus versos : su apetito y su amor propio se satisfacian á un tiempo; pero cuando salía de esta casa fastuosa, cuando tentaba su bolsillo y lo encontraba vacío, cuando dejaba á sus espaldas la opulencia para subir á un cuarto piso y encerrarse en su miserable albergue, ¡ cuánto suspiraba ! ¡ cuánto declamaba contra la injusticia de los hombres, y los caprichos de la fortuna ! Hilario se acostaba sin luz, temblando de frio; y regaba su asqueroso lecho con lágrimas nacidas de un loco orgullo, no del noble sentimiento de un hombre que ha agotado todos los recursos, sin poder encontrar halagüena la fortuna. Hilario era desgraciado por su voluntad, y no merecia compasion.

Muchas veces habia escrito á su tío, pero Joaquin estaba vigilante para interceptar sus cartas, y reducir las á ceniza. No le quedaba, pues, á Hilario sino el triste recurso de morir de hambre, cuando una tarde halló en su cuarto una carta de cierto personaje, que suponía haber sido amigo de su padre, y le instaba á que al dia siguiente fuese á verle para un negocio que podría serle muy ventajoso. Hilario, loco de contento, leyó mil veces esta salvadora carta, y se acostó temprano con la idea de madrugarse mucho. En medio de mil agradables pensamientos se quedó dormido, y soñó que veía rodar el carro de la fortuna; que la tropelía y confusion de gentes no le permitía acercarse á la deidad; pero que esta, por sí misma, se le acercó, le dió la mano para subir, y colocado en un asiento de predileccion, derramó sobre su cabeza el cuerno de la abundancia. Sorprendióle la mañana en tan apacible sueño; se acicaló como pudo, y se encaminó á la casa de su incógnito Mecénas. Despues de los ordinarios cumplimientos, su protector le enseñó una tragedia que ha compuesto, y le promete una cantidad considerable bajo la condicion de que la haría representar como suya. Mi estado, le dijo, me

impide el manifiestar que soy el autor; se burlarian de mí, y me vería muy comprometido. ¡ Extraña necedad ! En otro tiempo, hijos míos, los grandes se avergonzaban de ser discretos é instruidos.

Hilario leyó la obra, que le pareció detestable, y no obstante cometió la vileza de pasar por su autor; pero esta vez su hambre, como mas fuerte, triunfó del amor propio. En ménos de un mes fué representada la pieza, y á fuerza de aplausos comprados salió con mediana reputacion : ya tenemos á Hilario acreditado; pero ¡ qué caro va á costarle este crédito !

La reputacion que acababa de adquirir Hilario, despertó desde luego el odio y los celos de Joaquin, que se declaró el mayor detractor del mérito de su primo; pero aquel inconsiderado jóven se produjo tan imprudentemente, que todas las gentes imparciales le detestaron. No sólo perdió la pública opinion, sino que el gran personaje, verdadero autor del drama, indignado de las sátiras que esparcía Joaquin contra su tragedia, encontró medios para arruinar al padre de este, suponiéndole delitos, y precisándole á expatriarse con su imprudente hijo. Así fué castigado el envidioso : veamos ahora cómo lo fué Hilario, por no haber seguido los juiciosos consejos de su padre.

El orgullo de Hilario no le permitió soportar largo tiempo la fama de autor de una tragedia que muchos criticaban con razon, y reveló á varios amigos el nombre del verdadero autor : estos lo dijeron á otros, y en breve tiempo la noticia llegó hasta la familia del personaje, que recibió terribles reprensiones. El autor se defendió como pudo, y quedó decidido en el concilio de familia, que el pobre Hilario, como auxiliador de la locura de su padrino, sería encerrado en una prision por toda su vida : en consecuencia se obtuvo, con otro pretexto, la órden correspondiente; y un hermoso dia en que el desdichado Hilario se extasiaba en su cuarto con las musas, respirando inmortalidad, entró la justicia, y se apoderó del infeliz hijo de Apolo. Letrillas, madrigales, sonetos y elegias, todo fué pasto de las llamas; y el triste poeta se halló en breves horas á la puerta de una horrorosa fortaleza, que le sumergió para siempre en sus oscuros calabozos, porque á poco tiempo murió de pesadumbre.

Tal fué el trágico fin de un orgulloso jóven, que prefirió la ociosidad al trabajo; un destino dudoso por otro cierto; y desdeñando los consejos de un padre amoroso, se atrevió á desacreditar á un grande, cuyo resentimiento es tan temible.

Leon, Benito, es preciso deciros que en la historia de Hilario

estáis retratados los dos; tú, Benito, porque alimentas en el fondo de tu alma una vil envidia de ver que tu hermano tiene mayor talento; porque criticas injustamente unos versos que no eres capaz de hacer; y porque te opones sin razon á tu hermano: de modo, que si yo no lo remediara, al cabo le detestarias, y te harías despreciable como Joaquin. Tú, Leon, porque estimas mas de lo que valen unas obras y composiciones débiles; porque no puedes tolerar la crítica, y te conmueves á la menor palabra que hiere tu amor propio, aprovecha el ejemplo de Hilario. Yo te mando que no hagas versos sino á ratos perdidos; que á nadie, ni á tus mismos hermanos, los enseñes ántes que á mí; y que no te reserves copia alguna: yo me encargo de conservar cuanto compongas; y cuando estuvieres establecido, te devolveré todos los manuscritos: entónces podrás entregarte á una ocupacion, que es la mayor de todas las diversiones cuando no se toma como profesion. Ya ves que no me opongo á que cultives tus disposiciones, ántes bien te exhorto á que no las descuides, pero bajo la condicion impuesta; y cuidado que faltes en lo mas mínimo, porque me enojaré infinito.

Entre tanto, como no ignoro que Leon y Benito se han pasado esta mañana hasta la barbaridad de golpearse... ¡ dos hermanos! ¡ qué horror! mando que queden encerrados toda la noche en el cuarto oscuro: allí dormirán sobre el duro suelo: no comerán mañana conmigo, ni con sus hermanos, y no los veré hasta la tarde: á Marcela encargo la ejecucion de mis órdenes.

Pronunciadas estas palabras con mucha severidad, se retiró Palemon; y la vieja ejecutó al instante la terrible sentencia. Los dos reos, anegados en lágrimas, fueron conducidos á la prision, donde pasaron el tiempo prescrito dándose estrechos abrazos, y jurando recíprocamente que se aprovecharian del funesto ejemplo de Hilario y de Joaquin.

Dejémoslos, pues, que sufran el justo castigo que han merecido, y vamos á ver cómo se pasó la tarde siguiente.

TARDE IV

LA AMISTAD

Un tesoro es la amistad
De valor inestimable;
Es un amigo apreciable
Sobre el oro; mas cuidado,
Que con capa de lealtad
Y aparentando favores
No os venda, pues hay traidores
Amigos harto obsequiosos,
Cual áspides venenosos
Ocultos entre las flores.

Mala noche pasaron los muchachos; pero el anciano Palemon tampoco la tuvo muy buena, por haberse visto obligado á imponerles aquel castigo. El buen padre no desconocia que su hijo Leon tenia talento poético, porque el romance que habia compuesto no era del todo malo para un niño de doce años, y el anciano casi se ensoberbecia del precoz ingenio de un jóven que podia adquirir mucha fama algun dia; pero le atormentaba el recelo de que Leon perdiese un tiempo precioso en hacerse un mediano autor: por esto se felicitaba de haberle mandado que le entregase todos sus manuscritos; y estaba seguro de ser obedecido, porque se hacia amar mucho de sus hijos.

El carácter celoso de Benito tambien le affigia; pero este muchacho tenia buen corazon, y era fácil corregirle. No asustaba á